5- Cruzar el Sena y entrar en el pais de Caux, Etretat, Yport, Fecamp, volver al Sena, ruta de Chaumieres, Villequier, St-Wandrille y llegar a Jumieges.

ETRETAT

Cruzando el Sena por el puente de Normandía pasamos por el puerto del Havre, totalmente destruido por la guerra, no deseo visitarlo aunque las guías comentan que se volvió a reedificar en un plan urbanístico interesante y con puntos de interés entre los que cuentan varios museos. Pero después de la visita a Honfleur no me apetece una gran y moderna población.

Abandonamos el País de Calvados y entramos en el país de Caux y en concreto a la costa de Alabastro. Al terminar el puerto del Havre comienza un interminable y alto acantilado de color blanco que se prolonga hasta el paso de Calais, en las brechas que se abren a lo largo de este acantilado aparecen poblaciones, playas, puertos y encantadores paisajes de vistosas formaciones rocosas.

Etretat es el lugar más famoso de esta costa. Todo aquí es fruto de la naturaleza. Solos, el cincel del mar y del viento labraron en la piedra frágil esta aguja de 80 metros de altura, sus arcos apuntalados contra el acantilado.

Al abrigo del dique que lo protege del mar, el pueblecito se ha convertido en una ciudad con restaurantes y mansiones de la Belle Epoque rodeados por hortensias azules y rosadas, en un intento de a pesar del turismo invasivo, mantener en la memoria aquello que vieron y vivieron los pintores impresionistas que acudieron a este lugar, en un intento de marcar las formas y colores de esta tierra en sus telas. Pero también escritores en busca de tranquilidad e inspiración como, Maupassant, Alexandre Dumas, Victor Hugo…

El paseo lo comenzamos en su playa de guijarros “les galets “encuadrada entre dos magníficos acantilados, el de Amont, que vemos enfrente y el de Aval, el de la primera fotografía. Los guijarros de la playa son de protección especial y prohibida su recogida, ya que son el recurso natural de protección que posee el pueblo y los acantilados contra la embestida del mar.

Remontando unas escaleras de 180 escalones situada en la extremidad del dique y tallada en la pared rocosa, se prolonga en un sendero hasta la cima del acantilado. Aquí nos encontramos con la capilla N-D-de la Garde, la vista es excepcional, tenemos a nuestros pies Etretat y su entorno, la larga playa de “galets” se extiende delante nuestro, cerrada al final por los acantilados de Aval y la aguja.

Detrás de la capilla una flecha que apunta al cielo nos recuerda a los pilotos Nunfeseer y Coli en el primer intento de atravesar el Atlántico en avión en 1927, este lugar no indica el último lugar desde donde fueron vistos, ya que desparecieron en el atlántico.

Un largo paseo se extiende ante nosotros, entre prados y con bellas vistas al acantilado. Algunos pequeños senderos nos permiten aproximarnos a este y ver sus formaciones rocosas e incluso bajar a pequeñas calas.

De vuelta a la playa de “Galets” la atravesamos a lo largo para visitar el acantilado de Aval, este acantilado es el que tiene la imagen más popular y conocida de Etretat por su arco, al que Guy de Maupassant lo identificaba como un gran elefante que introducía su trompa en el mar.

Mientras nos dirigimos a este acantilado no podemos de dejar echar la vista atrás, y seguir contemplando la playa sobre la que descansa las pocas barcas de pescadores que actualmente quedan, mezcladas con alguna deportiva. Antiguamente en esta playa sin puerto los pescadores arrastraban las barcas al mar, a la vez que otras personas recogían estos guijarros y los cargaban en mulos para su transporte, guijarros que eran utilizados en las construcciones de esta zona. En medio de esta actividad comercial, se asomaban los pintores con sus caballetes, mientras señoras con antiguos trajes de baño tomaban el sol.

La subida al acantilado de Aval nos va dejando fantásticas panorámicas de este lugar y su privilegiado entorno, de grandes prados y brisa marina, gaviotas chillando y las olas desgarrándose en las Galets en una singular sinfonía.

Estamos sobre el gran arco, se encuentra oculto a nuestros pies, el sendero continua por el acantilado y al fondo vemos" la Manneporte "otro espectacular arco desde el que vamos a contemplar la mejor vista del Acantilado. A sí que nos encaminamos para ahí, el sendero tiene pequeñas bajadas y subidas entre largos paseos llanos.

Echando la vista atrás empezamos a descubrir el arco de Aval y la singular "Aiguille". Los colores que se descubren nos dan la respuesta del porque costa de Alabastro.

Costa de Alabastro, así llamada por el color de sus aguas lechosas cuando se disuelve la caliza de los acantilados creaticos. Continuamos por el sendero, siempre intercalando la mirada, atrás, adelante, tropezando en los relieves del terreno por la falta de atención de donde ponemos los pies.

Ya sobre el arco de Manneporte contemplamos, aun lado el conjunto de la Aiguille, el Arco y la brecha en la que se encuentra la población, y más allá los acantilados de Amont, donde distinguimos la capilla N-D-de la Garde.

Al otro lado, la vista nos lleva a través del acantilado hasta el puerto petrolero del Havre.

Solo nos queda dar otro pequeño paseo para ver el arco de Manneporte iluminado por el sol. Y distinguir estupendamente los estratos y sedimentos de los que está hecho, cual una inmensa tarta de hojaldre.

De vuelta a Etretat y su playa, la única manera de atravesar estos arcos y visitar los acantilados desde su base es introducirse en una amplia gruta, en la que hay tallada una cueva que los cruza, lamentablemente la marea solo permite tres horas para realizarlo y cuando llegue esta estaba alcanzado el lugar.

Lugar en el que como te atrape, la única posibilidad es permanecer durante horas en este punto hasta la bajada de mar.

En este lugar hay varias posibilidades de pernocta, áreas AC equipadas y de pago, camping, pero yo me fui a una explanada entre la antigua estación y la gendarmería. Un lugar tranquilo, gratuito y a un corto paseo del centro de la villa. GPS 49.70844 – 00021596.

Un último paseo por este lugar, del que es difícil despedirse y del que todo el tiempo destinado parece poco, nos permite contemplar otra forma de visitarlo, desde el mar.

Del cercano puerto de Fécamp, del que hablare más adelante, salen bellos barcos para la visita por mar de estos acantilados.

YPORT

A corta distancia, en vehículo nos encontramos con este pequeño puerto, abierto en otra brecha del acantilado, y a la vez encerrado por las altas paredes de este.

Su pequeña playa combina la actividad turística y lúdica de los baños, junto a la tradicional de la pesca, pequeñas barcas, similares a las de Etretat son arrastradas al mar y recogidas mediante cabestrantes.

La playa se corta en la gran pendiente vertical del acantilado, desde este lugar vemos al fondo el puerto de Fecamp lugar a donde me dirijo ahora mismo. La carretera sale de Yport y gana altura inmediatamente, viajamos por el interior, no lejos del acantilado, entre prados y pequeños bosques y atravesando alguna pequeña población o barrios de Fecamp.

FECAMP

La visita de este puerto empieza desde el área de AC, una amplia explanada en el extremo interior del puerto con la oficina de turismo al lado, 49.75935 – 00037337.

El origen del lugar está en el milagroso descubrimiento de un cofre que contenía gotas de la sangre de cristo. Para custodiar esta reliquia y acoger a los numerosos peregrinos, en el s XI se fundó una abadía Benedictina, la nueva abadía toma inmediatamente una gran importancia en Normandía, antes del Mont-St-Michel, Fecamp es el primer punto de peregrinaje. La abadía fue destruida y ahora en su lugar se alza el Santuario de la Sainte-et-Indivisible Trinité, construido sobre sus ruinas es uno de los más bellos y grandes de Francia.

En este puerto el tiempo empeoro, fuertes chubascos se intercalaban con pequeños ratos de sol, avanzaba teniendo previsto donde se encontraba el siguiente cobijo para la lluvia, salientes del acantilado, bunkers, etc. A sí que el recorrido por este puerto quedo un poco mutilado y no tan extenso como me hubiese gustado.

Del área de AC y pasando primero por la oficina de turismo, se acede al puerto donde nos encontramos con un conjunto de barcos clásicos, entre los que se encuentra el que hemos visto anteriormente en las costas de Etretat.

Aunque la pesca de altura y costera continúan alimentando las tradicionales industrias conserveras, hoy ya no es uno de los puertos más importantes de Francia, sino que está dedicado al turismo, atraído por la larga playa de gravilla, la riqueza artística de la Trinite y la espectacular belleza del paisaje, con los acantilados más altos de Normandía.

Hacia estos acantilados me dirijo ahora, cruzando los para mí siempre pintorescos puertos, aquellos que conservan cierta tradición y oficio.

Después de cruzar el largo paseo marítimo y la playa de gravilla llegamos a los acantilados de Fecamp, no son tan espectaculares como los de Etretat, les falta la magia de la roca tallada, pero si son los más altos de Normandía, hasta 126 metros de altura, pasear bajo estas paredes verticales impresiona, incluso para un montañero como yo.

Con tiempo agradable y controlando la marea se puede pasear hasta el anterior puerto visitado, el de Yport, siempre teniendo cuidado de los desprendimientos, como se puede ver en una de las fotos tomadas en Yport, desde la que veíamos Fecamp.

Arroyos de agua se desprenden del acantilado, por el camino encontramos también una vía de escape a la parte superior del acantilado, por resbaladizas escaleras. Constantes chubascos me obligan a cobijarme en la pared del acantilado, bajo los salientes y con riesgo de algún desprendimiento. Pero el espectáculo es grandioso, máxime cuando estas solo y las inclemencias del tiempo lo convierten más salvaje, el viento te arroja constantemente el agua de la mar que se rompe próxima a ti en las olas.

He tenido que permanecer cerca de una hora a refugio de unas rocas, el aguacero ha sido formidable, pero pasada la nube, sale un estupendo sol que a la vuelta a Fecamp me permite ver y disfrutar con más atención estos formidables acantilados, sus formas y colores.

Para acceder al acantilado norte tenemos que atravesar la bocana del puerto, pintoresca, curiosa, original y un poco laberíntica con sus pasos de madera, de aspecto vetusto y frágil. En sus faros golpea fuerte el viento y la mar.

Para llegar al puente giratorio que nos separa del puerto interior, comercial y pesquero, protegido con una exclusa para mantener el nivel del agua en la baja mar, algo habitual en los puertos Atlánticos de Francia.

Desde el extremo del puerto, por una fuerte pendiente llegamos a lo alto del acantilado, junto al faro se encuentra una pequeña capilla, la capilla de Notre-Dame-du-Salut, que alimentó la leyenda de un oficio tradicional, el de los marinos de Terranova. En su interior nos encontramos exvotos y recuerdos de todas las épocas de los marinos desaparecidos en la mar. Uno de los más recientes era el de los dibujos de un hijo, realizado para su padre muerto en la mar, me conmovió mucho.

Ya fuera de la capilla, nos encontramos con el majestuoso espectáculo de los acantilados y un largo y recto paseo hasta el horizonte. Desde este lugar acercándonos al acantilado, podemos contemplar su altura por los pequeñitos que aparecen los pescadores sobre las rocas, y una bonita vista de la bocana del puerto y de la población de Fecamp

Fecamp es famosa por su licor, único y oriundo de esta población, el Benedictine, 27 hierbas de la región, forman el “el bouquet” del licor Bénédictine, inventado por los monjes del s XVI y redescubierto en 1863 por un astuto comerciante de Fecamp.

En un palacio de 1892 es la sede de las destilerías y por una enorme pasión que sentía por la edad media también de un museo con obras de los s XII – XV y objetos recuperados de la antigua abadía benedictina.

Lamentablemente el mal tiempo, fuertes lluvias y vientos que me hacían bailar el vehículo me tuvieron atrapado varios días en este puerto, no pude continuar hacia el norte, hacia Dieppe. Por lo que esta presentación queda mutilada por el norte de Normandía, Dieppe lo tengo en foto analógica de un anterior viaje. Invito a los lectores a seguir viaje y descubrirlo por si mismos.

Así que abandono esta zona para remontar el valle del Sena, saltando de orilla a orilla y descubriendo lugares encantadores. Destino cruzar el puente de peaje de Tancarville.

VIEUX PORT Y LA ROUTE DES CHAUMIERES

Según terminamos de cruzar el puente podemos marcar las coordenadas de Vieux port, esto nos permitirá no perdernos por estos parajes. 49.42655 – 000.61007. En esta zona, el rio Sena fluye lentamente, formando suaves curvas. Pequeños núcleos de población que conservan la arquitectura y atmosfera de tradicionales villas rurales de casas campesinas y campos cultivados. Para proteger un territorio que aún conserva altos valores ambientales y paisajísticos, se creo el parque natural de Brotonne, objeto de proyectos imaginativos por parte de los lugareños, preocupados por conservar su entorno y sus actividades tradicionales.

Dirección a Vieux port, atravesamos el Marais Vernier siguiendo la ruta indicada en la carretera por señalización de Route des Chaumières.

Siguiendo esta ruta, vemos al borde del camino este tipo de construcción, típica de países del norte pero también de esta zona y algunos puntos de Bretaña. El termino Chaumiére viene de la construcción del tejado, con pajas de trigo o centeno, los cultivos, los prados, campos y jardines inmaculados nos acompañan en todo el recorrido.

VATTEVILLE

Siguiendo la Route des Chaumières llegamos a esta población donde tenemos una área de pernocta estupenda en Saint Nicolas de Bliquetuit GPS 49.520556 – 000.07275.

Después de aparcar el vehículo podemos dar un paseo a pie a la próxima población de Vatteville, entre campos y cultivos contemplando más ejemplos de bellas Chaumières. Y la vista del Sena junto con la población de Caudebec, que más adelante visitaremos.

CAUDEBEC

Desde el área de AC la vista es estupenda, se encuentra fuera de la población y en la ubicación de un antiguo embarcadero de Bac (transbordadores del Sena) en desuso por la construcción del puente de Brotonne. Desde esta área tenemos una panorámica de Caudebec y contemplamos en continuo paso de grandes barcos, junto al movimiento de las lanchas de los prácticos del puerto, que se dirigen, o vuelven, dependiendo de la marea, al puerto de Rouen

En Caudebec-en-Caux nos encontramos con otro desastre de la guerra, población histórica, cabeza del país de Caux, fortificada como punto fuerte en la defensa del inglés en la guerra de los 100 años. En 1940 antes del desembarco, la mayoría de sus monumentos históricos fueron destruidos, sus antiguos barrios medievales fueron arrasados por fuertes incendios. Hoy subsisten algunas de sus antiguas casas entramadas, en los alrededores de la iglesia Notre Dame.

Paseando por el Quai Guibaud nos encontramos con un bac en exposición, estos son los transbordadores que cruzan vehículos y personas a ambas orillas de Sena.. Subsisten ahí donde no se han realizado puentes, puentes que son bastante escasos. Solo tres puentes entre el Havre y Rouen permiten la comunicación a través del Sena, el resto se realiza por medio de estos Bac, gratuitos para turismos.

VILLEQUIER

Volviendo a bajar por el Sena, a poca distancia, nos encontramos con esta encantadora población encajonada entre un abrupto bosque y el Sena. Paseando por el Quai, contemplando los buques que pasan y las bonitas villas que miran al rio vamos leyendo la historia literaria y trágica de esta villa.

Aquí murieron, el 4 de septiembre de 1843 ahogados en el Sena, Charles Vacquerie y su esposa Léopoldine quien era la hija de Victor Hugo, seis meses después de su boda. El poeta inmortalizó su recuerdo, y de su drama personal hizo el drama de todos, donde los versos de Contemplations hacen entrar el nombre de Villequier en la historia.

Y cuando llegue, pondré sobre su tumba

Un ramillete verde y brezos en flor.

En recuerdo a este hecho nos encontramos el museo Victor-Hugo, instalado en la antigua casa de la familia Vacquerie. Museo que evoca la vida de su hija Léopoldine con cartas enviadas a los suyos, retratos y mobiliario de la familia, vistas de la Normandía de entonces que hacen revivir los tiempos pasados.

Se exponen también los poemas Des Contemplations donde Victor Hugo exhala todo su dolor. El paseo continua por el Quai, contemplando las mansiones y subiendo la colina entre villas pintorescas y bonitas vistas del Sena.

SAINT-WANDRILLE

Volviendo a remontar el Sena y pasado Caudebec llegamos a las románticas ruinas de la Abadía de Saint-Wandrille. Fundada, según la leyenda, por un conde del siglo VII, Wandrille dignatario de la corte de Dagoberto, rey de los Francos, que renunció, junto con su mujer, a los placeres terrenales el día mismo de su boda. Los Vikingos doscientos años más tarde lo incendiaron. Mil años después la Revolución disperso a sus monjes y a sus piedras, vendido y transformado en hilandería y cantera.

La iglesia abacial de los siglos XII y XIII quedó reducida a unos pocos pilares. La abadía volvió a su cometido de origen en 1931, los Maristas se instalaron en el convento, consagrando sus vidas, al ritmo de las misas gregorianas, estudio, trabajo y a recibir a los visitantes que desean visitarla. Le devolvieron la iglesia, parte restauraron y el edificio principal, trasplantado un granero del s XV traído hasta aquí desde otra aldea Normanda. En donde instalaron su nuevo santuario con los restos del Abad Saint-Wandrille.

La abadía se encuentra instalada en un precioso valle “ Fontenelle ” que fue su primer nombre, pequeñas granjas se ven a su alrededor y una pequeña villa creció en su entorno, fuera de los muros que la delimitan, ahí donde los antiguos monjes del S VIII talaron los bosques, despejaron los campos y cultivaron la viñas.

Hoy las frutas y sobre todo las manzanas, nos avisan que entramos en el valle del Sena, rico y fértil, al abandonar Saint- Wandrille nos acercamos a las ruinas admirables de Jumièges, separadas por 12 km, Fontenelle y Jumièges han tenido destinos paralelos. Se diferenciaron en nuestra época actual. Ninguna comunidad religiosa se volvió a instalar en Jumièges.

JUMIÈGES

En la “O” mayúscula de un meandro del Sena las colosales ruinas de la abadía de Jumièges aparece con sus dos torres truncadas enmarcando el aguilón sin techo. Es una imagen que determina en la memoria la representación de esta región.

La estrella arquitectónica de Jumièges es un impresionante conjunto en ruinas cuya parte principal data del s XI; su consagración, en 1067 fue un gran acontecimiento en el que se hallaba presente el propio Guillermo el Conquistador. Llego a albergar a 900 frailes y 1500 sirvientes.

Las torres de una altura de casi 60m, siguen aún en pie, al igual que parte de la nave, hoy sin techo y tal vez por ello más impresionante todavía.

Aunque el conjunto esté en ruinas, se advierte claramente que esta abadía benedictina fue durante toda la Edad Media un centro espiritual y cultural de enorme importancia, uno de los mejores ejemplos de arquitectura románica de Normandía. Destruida en 1562 por los protestantes, en las guerras de religión, fue abandonada en 1789.

Domina el conjunto la sencilla pero grandiosa fachada de la iglesia de Notre Dame, que conserva sus dos blancas torres cuadrangulares adosadas. La amplia nave a cielo, parcialmente destruida en su lado este por el derrumbamiento del coro, es de una majestuosa arquitectura con muros de tres niveles de altura.

La alta torre del campanario 42 m, que casi desafía la ley de la gravedad, aún conserva el muro occidental con el arco de entrada y los restos del coro y transepto de estilo gótico.

El pasear por estas ruinas – si no hay mucha gente- su efecto es mágico, una sensación romántica, nostálgica…. Posiblemente bien conservada no produciría las sensaciones que provoca en ruinas. Y para los amantes de la arquitectura y de sus formas, ayuda a ver y contemplar su obra.

Yo me la imaginaba, no una iglesia en ruinas o demolida, sino una iglesia en construcción, solo faltaban los andamios, cabestrantes, grúas, ruidos de golpeteo de piedra y las voces de los albañiles.

Ahí donde se encontraban claustro, almacenes y el resto del conjunto, ahora son bellos jardines que también rodean las ruinas en un paraje encantador, en la residencia del Abad hay ahora un museo.

También la zona en la que se encuentra el conjunto Abacial es especial, podemos pernoctar en una explanada que se encuentra en la carretera del Bac, un lugar próximo a la abadía GPS 49.43118 – 00.081478.

Desde aquí podemos pasear, a pie o en bicicleta, por la carretera al cercano Bac, ver las maniobras que realiza sobre su puerto, y también donde contemplamos el estrecho meandro del Sena y los buques o gabarras que suben por él, y después por pequeñas carreteras entre viviendas bien conservadas, granjas típicas y cultivos de manzanos. Todo esto en un paisaje verde, conservado, limpio...